

UN CIUDADANO :
EL BURGOMAESTRE MAX
(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Bruselas, agosto (de 1914)

*« Les rares figures,
et triées pour l'exemple du monde par
le consentement des sages, je ne me
feindroy pas de les recharger
d'honneur ; autant que mon invention
pourroit, en interprétation et favorable
circonstance : et il faut croire que les
efforts de nostre invention sont loing
au dessous de leur mérite. »*

MONTAIGNE

En una simple oficina pública, el valor y el

patriotismo de un ciudadano pueden ser puestos a tan ruda prueba como en las líneas de combate, bajo el fuego de los cañones, y no sé de veras qué es más difícil, si pelear junto con los demás, jugándose la vida como ellos o luchar solo e inerme, sin otro auxilio que la inteligencia y el carácter contra un enemigo soberbio y autoritario, defendiendo palmo a palmo los bienes, la libertad, el honor y la existencia misma de los compatriotas, con gran riesgo de incurrir en una venganza disfrazada de castigo. No sé si es más heroíco haber estado con el máuser en la mano en las trincheras avanzadas, o empuñando la pluma en el soberbio despacho del burgomaestre de Bruselas.

Considero que Adolfo Max, actualmente prisionero de los alemanes en la Fortaleza de Glatz, nos ofrece uno de los más altos ejemplos de valor cívico de la época presente.

Continuando la tradición de los primitivos burgomaestres que a la cabeza de sus comunas sabían poner a raya la arrogancia y la tiranía de los señores feudales, haciéndoles cejar en sus pretensiones y respetar la soberanía del pueblo, dueño de sus casas y sus ciudades, Adolfo Max parece ser una reencarnación de aquel Jacques van Artevelde, que en 1338 hizo reconocer la neutralidad de Gante y que luego celebró alianza con Inglaterra, o de aquel Pierre Couteleel, quien siendo noble se puso a la cabeza de la clase obrera de Lovaina en su lucha contra los linajes. Sólo que él no ha derramado sangre.

Hasta la entrada de los alemanes en Bruselas, Max no se nos presentaba sino como un buen burgomaestre, capaz de administrar juiciosamente la comuna, de velar por sus intereses, de representarla sin menoscabo, y en todas las solemnidades se le veía ataviado con una elegancia harto atildada quizá, los

grandes bigotes rubios apuntando hacia el cielo, el cabello y la barba acabaditos de salir de manos del peluquero, los ojos saltones y convergentes hacia la nariz, la frente despejada por un principio de calvitie. Era mesurado, afable con todos, y, en general, se le creía insignificante y algo petimetre, porque sí, con la más desenvuelta injusticia.

Pero el hombre se mostró apenas llegada la circunstancia que exigía su esfuerzo. Y se mostró fuerte, hábil y frío, con un dominio admirable de él mismo, una comprensión heroíca del deber y un patriotismo tan ardiente como ilustrado. En los momentos más difíciles de su lucha de todos los minutos con la autoridad militar alemana en defensa de sus conciudadanos, el burgomaestre de Bruselas decía a una persona que nos toca muy de cerca y que nos lo ha repetido en la intimidad :

- *Estoy al cabo de mis fuerzas, no puedo más ;*

deseo que esto concluya, y, sin embargo, tengo que seguir en el potro, que luchar hasta el fin, que comunicar a los demás una calma, una sangre fría, una paciencia y una esperanza de reparación que ya comienzan a faltarme. Y eso ante la inminente perspectiva de un desenlace ... de un desenlace por lo menos ingrato.

- *¿ Que lo hagan prisionero, señor burgomaestre ?*
- *Eso ... o algo peor.*

Ya se conocían los fusilamientos en masa de Dinant, la carnicería de Lovaina, otros actos que demostraban en el invasor el más soberbio desprecio por el derecho de gentes. Pero las palabras de Adolfo Max no eran sino una expansión momentánea, una válvula entreabierta al exceso de las preocupaciones y las responsabilidades, y el burgomaestre de Bruselas siguió semanas enteras en el potro, sin dejar ver fatiga ni desaliento, hasta que cayó, paralizado en

la acción, pero no rendido.

Por eso Adolfo Max es un ídolo para los bruselenses, que llevan ostensiblemente su retrato sobre el pecho, un héroe para los belgas y un ejemplo admirable para los extranjeros.

Y como su civismo es realmente ejemplar, como retempla el alma y eleva el espíritu, voy a tratar de ponerlo de relieve en estas páginas, sirviéndome de los datos publicados anónimamente por un miembro de la administración comunal que estuvo a su lado hasta el día en que se le hizo prisionero, y de los hechos que por diversos conductos han llegado a mi conocimiento. El lector verá lo que puede un verdadero patriota, abnegado y enérgico, hasta en las peores circunstancias y cuando ya no se espera socorro ni del cielo ni de los hombres ...

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *Un ciudadano : el burgomaestre Max (1)* », in LA NACION ; 29/1/1915.